

“SUBVERSIVOS”, “EXTREMISTAS”, “GUERRILEROS”: noticia e vivencia

Ana Guglielmucci

Miembro de la Comisión Pro Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado
y de la Dirección General de Derechos Humanos del Gobierno de la Ciudad
Autónoma de Buenos Aires.

“Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera el detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irremediablemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso”.

Walter Benjamin

INTRODUCCIÓN

El autodenominado *Proceso de Reorganización Nacional* (1976-1983) aplicó sobre la sociedad toda una serie de prácticas y metodologías represivas que, combinando la exhibición y el ocultamiento, cubrieron un amplio espectro de las actividades cotidianas, tejiendo lo que O'Donnell (1997) denominó la *cultura del miedo*. Tanto el sistema político-jurídico como los valores y las prácticas se vieron profundamente alterados. La manifestación diaria de las detenciones arbitrarias, la tortura y los asesinatos, unida a la censura y a la consiguiente

imposibilidad de discutirlos permitieron, como señala Tiscornia (1999), naturalizar la carga de *peligrosidad* del diferente otorgándole a las fuerzas de seguridad la posibilidad de ejercer un extenso control de las actividades sociales reforzado por la extensión de la sospecha generalizada.

Si bien los *blancos* de la represión fueron definidos según determinados criterios de *peligrosidad*, las prácticas represivas implementadas por el Estado no sólo disciplinaron a un sujeto en particular sino también a la sociedad en la cual dicho sujeto participaba, *normalizando* tanto el cuerpo como la memoria. Como señalan Lira y Weinstein “las situaciones represivas y sus efectos subjetivos implican una perturbación de la subjetividad colectiva que se manifiesta, entre otras cosas, en la internalización del miedo. Perturbación que incide tanto en las formas de hacer política en estas circunstancias históricas como en la producción de la vida concreta de grandes sectores nacionales, hayan sido o no objetos de represión directa” (1996: 335)

Dentro de este marco, lo que nos interesa evidenciar en el presente trabajo, son los aparatos discursivos que las antedichas prácticas represivas engendraron y que contribuyeron no sólo a legitimarlas sino también a prorrogarlas. Se trata entonces de analizar, releyendo a Foucault, el *cómo* del poder, es decir, los mecanismos y las relaciones que ese poder pone en acción y que definen la constitución misma de los cuerpos, de los gestos allí donde éstos son transitados y trashumados por la máquina disciplinaria. “En una sociedad como la nuestra – sostiene Foucault – [...] múltiples relaciones de poder atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social; no pueden dissociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso verdadero. No hay ejercicio del poder sin cierta economía de los discursos de verdad que funcionan en, a partir y a través de ese poder. El poder nos somete a la producción de la verdad y sólo podemos ejercer el poder por la producción de la verdad” (2000: 34)

Nuestra mirada entonces va intentar detenerse no sólo en las prácticas represivas materiales de la última dictadura militar argentina, sino también en los tejidos discursivos y formadores de saber que tales prácticas fueron generando y articulando, y que delinear los contornos de un obsesivo ejercicio del poder a la vez que muestran cómo *en, a partir y a través de* ese ejercicio se modeló el cuerpo y hasta la mirada de los sujetos que lo vivieron.

En un segundo momento, con el fin de complementar la propuesta anterior, nos preocupa sobretudo recuperar testimonios de ex militantes políticos, *blanco* de la represión; no sólo para contrastarlos con el discurso hegemónico de la dictadura militar y deconstruir así ciertas categorizaciones como la de *subversivo*

o *perigoso*, sino también porque es a partir de las vivencias singulares, locales que nos parece posible regenerar un tejido capaz de devolver la memoria de aquel lado oscuro y subterráneo que subyace *al cortejo triunfal de los vencedores*, las *infinitas voces dolientes* que la historia consolidada de los dominadores de siempre intenta condenar al olvido. Como diría Benjamin, el tiempo que nuestra memoria busca, no es el tiempo diurno de una tradición de la continuidad, sino *el revés de aquel tiempo*. El sentido de tal recuperación entonces, es el de romper el mandato del silencio, de la negación impuesta socialmente, generando *canales de transmisión*¹ y *alivio*² para dichas experiencias.

EN EL “TEATRO DE LA GUERRA” HA ACTORES Y FARSANTES³

Nos remontamos a los años previos al *Golpe* del ‘76 para analizar el contexto de emergencia del mito⁴, de la “guerra sucia”⁵, el cual no tiene un *origen* sino que fue *inventado*⁶ a través de una compleja trama de poder.

Numerosos enfrentamientos se expresaron en la Argentina de la década del setenta entre peronistas y no peronistas, entre trabajadores y empresarios, entre estudiantes y fuerzas de seguridad, entre pequeños productores y grandes

1. El filósofo Yosef Yerushalmi señala la importancia de mantener vivos los canales de la memoria pues es lo que permite recordar los acontecimientos que no se produjeron durante la propia existencia. “Un pueblo jamás puede olvidar o recordar lo que antes no recibió”. El recuerdo y el olvido, de esta forma, se encuentran íntimamente ligados con la transmisión o no de una generación a la siguiente y su aceptación o rechazo a retransmitirlo.

2. Lira & Weinstein (1996) sostienen que el alivio sólo es posible sin negaciones, represiones o disociaciones, apoyadas con la complicidad social o familiar. El hablar en el espacio terapéutico y en la sociedad sobre el horror rompe el mandato del silencio y alivia la angustia, los síntomas del horror negado que se hacían presentes a toda costa.

3. El general Reynaldo Bignone, director del colegio militar, definió la patria como la madre que exigía de sus elegidos luchar en esta guerra “para que todos los hijos [los de la patria] puedan seguir creyendo en Dios [...] y puedan honrarme entre todas las patrias del mundo [...] Te mando y tú debes ir para arrancar definitivamente del camino a otros que *pretendiendo ser hijos míos no lo son*” (La Opinión, 8 de Diciembre de 1976, el subrayado es de la autora) Como señala Judith Filc (1997), al analizar el discurso anterior, la figura que se contrapone a la de los “hijos elegidos” es la de “los que pretendiendo ser hijos míos no lo son”, a los que hay que arrancar del camino, es decir, matarlos. El enemigo de esta forma son aquellos que *fingen*.

corporaciones agroindustriales y acopiadoras, entre pequeños y medianos empresarios y empresarios vinculados al capital transnacional, entre iglesia tercermundista e iglesia ortodoxa, y entre la derecha peronista y la tendencia de izquierda dentro del mismo movimiento político-social. Dichos enfrentamientos adquirieron diversas formas según los grupos intervinientes y las circunstancias históricas, generando desde rupturas políticas abruptas, *marchas y paros*, hasta asesinatos políticos.

En el marco de una gran movilización social, las prácticas represivas estatales se extendieron sobre bastos sectores de la población (1966-1973)⁷. Las universidades y los sindicatos fueron intervenidos, las marchas fueron duramente reprimidas, los locales partidarios fueron allanados y los periódicos fueron censurados. La apertura democrática del tercer gobierno peronista (1973-1975), si bien implicó la restauración de los canales legales de expresión política no impidió la manifestación de las contradicciones contenidas incluso al interior del movimiento peronista. Los sectores de derecha, como la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) dirigida desde el Ministerio de Bienestar Social, junto con otras fuerzas parapoliciales, lanzaron una campaña de atentados, amenazas, tortura, secuestros, y asesinatos sobre delegados gremiales, obreros, profesores universitarios, profesionales, artistas y estudiantes, dirigida a atemorizar y a cortar sus lazos con las “organizaciones revolucionarias”.

4. Fontalini y Caiati en su investigación sobre la represión durante la última dictadura militar exponen como “no justificó la militarización de la sociedad el peligro real que representaban para el Estado menos de dos mil personas estructuradas, de las cuales menos de la cuarta parte estaban en condiciones de combatir” (1984: 72)

5. Lo militares la denominaron “guerra sucia” arguyendo que: “Esta guerra, a diferencia de la clásica no tiene materializado en el tiempo su iniciación y tampoco la batalla final que corone la victoria. Tampoco tiene grandes concentraciones de hombres, de armas y materiales, ni líneas claramente definidas” (Declaraciones del Gral. Viola en La Razón, 29 de Mayo de 1979)

6. Utilizamos aquí el término “invención” con el sentido que le otorga Foucault. “La invención es, por un parte, una ruptura y por otra algo que posee un comienzo pequeño, bajo, mezquino, inconfesable. [...] Villanía, por tanto, de todos estos comienzos cuando se los opone a la solemnidad del origen tal como es visto por los filósofos” (1980: 21)

7. Durante las dictaduras del gral. Onganía y el gral. Lanusse se produjeron numerosas movilizaciones sociales como el “Cordobazo”, el “Mendozazo”, el “Viborazo”, el “Rosariazo”, donde las ciudades fueron tomadas por los estudiantes, obreros, pequeños productores agropecuarios, y empleados públicos en demanda de mejoras salariales, respeto de los derechos laborales adquiridos, y apertura de los canales de participación política. Todas las movilizaciones fueron duramente reprimidas por las fuerzas de seguridad.

Los allanamientos, las *pinzas*, las *razias*, los controles en las rutas nacionales y los caminos provinciales, en la entrada de los claustros y de las fábricas, las detenciones arbitrarias y la aparición en la vía pública de cadáveres carbonizados, explotados, amputados, maniatados, vendados, y con notorias marcas de haber sufrido torturas, pasaron a formar parte de las noticias de todos los días. Paralelamente se extendieron las presentaciones de habeas corpus y las denuncias por los secuestros, asesinatos y detenciones de gremialistas, obreros, dirigentes políticos, profesionales y estudiantes. La muerte se contabilizaba en las primeras planas de los diarios: “La escalada de violencia alcanzó este fin de semana su punto crítico con un promedio de una muerte cada dos horas y 24 minutos” (La Opinión, 23 de marzo de 1975)

El 6 de noviembre de 1974 se estableció el Estado de sitio en todo el país por medio del Decreto 1368/74, firmado por la presidente María Estela Martínez de Perón y López Rega. Las razones quedaron expresadas de la siguiente forma: “Considerando que es deber esencial del Estado Nacional Argentino preservar la vida, la tranquilidad y el bienestar de todos los hogares; Que ejerciendo la plenitud de su poder el Estado Nacional Argentino debe, con toda energía, erradicar expresiones de una *barbarie patológica* que se ha desatado como forma de un plan terrorista aleve y criminal contra la Nación toda; Que la asunción de *medidas preventivas* de excepción son procedentes para garantizar a todas las *familias* su *derecho natural y sagrado* a vivir de acuerdo con nuestras tradicionales y arraigadas *costumbres*; Que la generalización de los ataques terroristas, que *repugnan* a los sentimientos del pueblo argentino, *sin distinción* alguna, promueven la necesidad de ordenar todas las formas de defensa y de represión contra nuevas y reiteradas manifestaciones de violencia que se han consumado para impedir la realización de una Argentina potencia y de una revolución en paz [...]” (el subrayado es de la autora)

A las prácticas parapoliciales se sumaron, desde ese entonces, los operativos militares *antiextremistas*. A partir de febrero de 1975, el Ejército intervino orgánicamente en el *aniquilamiento* de la guerrilla rural en Tucumán, en lo que se conoció como el *Operativo Independencia*⁸. Fuerzas militares y policiales

8. El 5 de febrero de 1975 María Estela Martínez de Perón firmó el decreto “S” N° 261 (4) que autorizó al Comando General de Ejército a entrar en combate en Tucumán para erradicar a los elementos subversivos. El citado decreto ponía bajo control operacional del Ejército a las policías federales y provinciales, y autorizaba a requerir medios a la Armada Nacional y a la Fuerza Aérea para llevar a cabo operaciones de acción cívica y psicológica sobre la población afectada.

en forma conjunta, con tanques y helicópteros, rastrillaron el área realizando un severo control para terminar con la *barbarie patológica*. La zona de operaciones luego fue ampliada a todo el territorio nacional por el presidente interino Italo Luder durante el período septiembre / octubre de 1975. A ello se agregó la creación del Consejo de Defensa y del Consejo de Seguridad Interna, mediante los decretos 2770, 2771 y 2772/75.

La sensación de vivir en un *contexto de guerra*, derivada de las persecuciones paramilitares, los controles policiales y la visualización de tanques y militares en las calles de la ciudad, se desprende de varias entrevistas realizadas tanto a ex militantes políticos como a otras personas que no militaban en ninguna agrupación. Mariana, estudiante de medicina en la década del setenta, sin militancia política, al retrotraerse a ese período nos dice:

“Recuerdo el ’75, y ya antes, como un período de guerra, donde te podía pasar cualquier cosa, un período de mucha arbitrariedad, me viene a la mente lo de Trelew⁹. No salía nunca sin documentos, no sabías que te podía pasar, había controles policiales hasta en la “cola”, esperando el colectivo, y en la entrada de la universidad”

La misma sensación reproduce otra mujer que militaba en una *organización revolucionaria* y experimentó, junto a su familia, la persecución de un comando paramilitar:

“La persecución a nosotros tres en particular comenzó en la Plata Primero fue la Concentración Nacional Universitaria (CNU), comandada por Patricio Fernández Rivero. En 1973, él y su banda confeccionaron listas de peronistas y marxistas conocidos por ellos en las facultades para desatar el terror en la ciudad. En Diciembre de 1974 una patota de la CNU fue a buscar al Flaco a su trabajo, él llegó tarde, era el anuncio de que volverían. Tuvimos que dejar nuestra casa porque no sabíamos cuanta información exacta manejaban sobre nosotros. Propuse ir a Mar del plata, a la casa de mi padre. En abril de 1975 tenía a mi hija en brazos, de pronto un gran ruido de puertas y violencia. Ante nosotras jóvenes de civil con vaqueros y pulloveres de marca portaban armas largas apuntándonos en la cocina de mi casa. Quedé paralizada, preguntaban por el Flaco, les dije que no conocía a esa persona, me creyeron! Recorrieron la casa

9. En 1972, en lo que se conoció posteriormente como la “masacre de Trelew”, las Fuerzas Armadas fusilaron a dieciséis militantes de diversas “organizaciones revolucionarias” allí detenidos luego de rendirse tras un fallido intento de fuga.

habitación por habitación, me inquirieron varias veces si no había estado en La Plata, les dije que no tartamudeando. Se identificaron como del Ministerio de Defensa, tenían unos plásticos amarillentos, dijeron que no intentáramos hablar por teléfono porque estaban cortados y se fueron. Huimos, pero no se acabó ahí, llegó el tiempo del terror para toda mi familia. Fueron a la casa del Flaco en Berazategui vestidos con uniformes azules de la policía y ametralladoras en operativo comando. Cuando se estaban llevando al hermano del Flaco, muy parecido a él, les dice que nosotros no estábamos allí. Uno de ellos grita: ‘entonces es la hija de re mil puta que nos mintió’. Volvieron a la casa de mi padre, lo tiraron al suelo y lo golpearon mucho, le exigían que les dijera donde estábamos. Una chica que ayudaba en la casa les mostró una libreta de direcciones viejas, partieron a buscarnos quién sabe dónde. Estábamos mal, como una barquito en medio de una tormenta, sin rumbo, con cambios geográficos día a día, sin casa, sin un lugar para nuestra hija; a los amigos casi no los podíamos ver porque sentíamos que éramos la peste. El contexto era de guerra”.

Frente a la imagen de desorden, caos, e ingobernabilidad, vinculada a la violencia política y la sensación de inseguridad que las mismas fuerzas de seguridad contribuyeron a generar, el discurso militar presentó una imagen opuesta de orden, cumplimiento y eficacia. En los titulares del diario, por ejemplo, se leía: “El Ejército ha cumplido a un año del Operativo Independencia. El éxito alcanzado hasta el momento en la operación en desarrollo se desprende del logro de los siguientes objetivos: 1) Interrupción de la estrategia subversiva, impidiendo el establecimiento de una zona dominada en la provincia de Tucumán. 2) Seguridad de la población desvinculando a los delincuentes subversivos de la misma. 3) Obtención de la adhesión y colaboración de la población, la que adquirió conciencia de la importancia del accionar de las fuerzas armadas y de seguridad. 4) Causar importantes bajas al aparato paramilitar de la delincuencia subversiva restringiendo sensiblemente su capacidad operacional y su libertad de acción. 5) Destrucción del aparato de apoyo rural y urbano que les permitía actuar en la provincia de Tucumán. 6) Restablecimiento de la normalidad en la actividad productiva de la zona. 7) Obtención de numerosa e importante documentación que ha permitido conocer la estructura de la organización en la zona e identificar a sus dirigentes. 8) Quebrar la voluntad de lucha ya que los delincuentes subversivos eluden el combate, utilizan tácticas de evasión y por sobre todo, es notoria la cantidad de desertiones que se producen en sus filas. 9) Brindar apoyo a la comunidad con las obras de acción cívica que permitieron rehabilitar escuelas, hospitales y centros asistenciales con lo cual se logra paliar las insuficiencias que existían. 10) Hacer tomar plena conciencia de los objetivos

extranjerizantes y marxistas que persigue la subversión y su correspondiente repudio” (La Razón, 9 de febrero de 1976)

En un teatro percibido como de guerra ¿quién más indicado para ejecutar el papel protagónico? Ya para ese entonces el Ejército se planteaba como el único actor habilitado para gestar el orden y garantizar su mantenimiento. El Ejército *cumplía*, se preocupaba por el *bien común*, y era *ordenado*, los cuerpos ya no aparecían en los baldíos y las zanjas, morían en enfrentamientos y combates, era una guerra contra el enemigo *marxista y extranjerizante*, ya no era una *lucha fratricida*¹⁰.

LOS “ELEGIDOS” DE LA PATRIA

El 24 de marzo de 1976 el golpe preanunciado se concretó, apoyado por amplios sectores de la población. En un editorial titulado *Lo que termina y lo que comienza* se definía de la siguiente forma la proclama militar: “La crisis ha culminado. No hay sorpresa en la Nación ante la caída de un gobierno que estaba muerto mucho antes de su eliminación por la vía de un cambio como el que se ha operado. En lugar de aquella sorpresa hay una enorme expectación. Todos sabemos que se necesitan planes sólidos para facilitar la *rehabilitación* material y moral de una *comunidad herida* por demasiados *fracasos* y dominada por un escepticismo contaminante. Precisamente por la magnitud de la tarea a emprender, la primera condición es que se afiance en las Fuerzas Armadas la cohesión con la cual han actuado hasta aquí. Hay un país que tiene valiosas reservas de confianza, pero también *hay un terrorismo que acecha*” (La Nación, 25 de marzo de 1976)

Toda una serie de comunicados fueron enunciados ese mismo día; comunicados que de ahí en más constituirían las reglas necesarias para preservar la *tranquilidad y el orden*, y restaurar los *verdaderos y naturales* valores de los argentinos, aquellos que definían *la esencia del ser nacional: Dios, Patria y Hogar*.

10. El Comandante mayor de Gendarmería lo expuso de la siguiente forma: “No puede ni debe reconocerse condición de *hermano* al marxista subversivo terrorista, por el hecho de haber nacido en nuestra patria, ideológicamente perdió el honor de llamarse argentino” (La Prensa, 16 de Agosto de 1977)

Para poder recuperar dichos valores, restaurar el orden y normalizar la economía, la Nación, la familia y el individuo debían ser protegidos, al igual que las mentes de los jóvenes, de las ideas que pudieran implantarles *los expertos internacionales de la subversión*. Un folleto editado en 1977 por el Ministerio de Cultura y Educación -distribuido en todos los establecimientos de enseñanza- con el título *Subversión en el ámbito educativo. Conozcamos a nuestro enemigo*, advertía sobre el peligro que implicaban los maestros ideológicamente captados por el marxismo para las *mentes de los pequeños alumnos, fomentando el desarrollo de ideas o conductas rebeldes*.

Las Fuerzas Armadas se plantearon como los *guardianes de la nación*, los *hijos elegidos de la patria*, enunciando que ellos habían permanecido *puros* durante los años de caos y corrupción. El almirante Lambruschini enfatizaba frecuentemente en sus discursos que sólo las Fuerzas armadas podían *identificar* al enemigo y vencerlo debido a su “identidad de pensamiento que es completamente inmune a los asaltos de la acción psicológica de la subversión” (La Nación, 4 de Diciembre de 1976) La Dictadura trazó el mapa de la *argentinidad*, reconstruyendo una Nación homogénea, en la cual la identidad estaba definida por valores esenciales compartidos. Esta sociedad mítica que remitía a una nación argentina original san martiniana que había precedido al Estado, constituía un todo espiritual desprovisto de diferencias económicas y políticas, una unidad que había sido lograda por el Ejército en la edad de oro de la independencia argentina. Todo lo que en ella disturbaba era considerado *enemigo*. De este modo, el gobierno de facto trazaba una línea de continuidad entre los dos ejércitos, entre las dos *guerras* y entre los dos *enemigos: agentes de poderes extranjeros que niegan a los argentinos su libertad*¹¹.

La idea de una Nación ideal, sin clases sociales, dividida sólo a causa de las diferencias generadas por la *ideología subversiva foránea*, se impuso en el discurso de la dictadura. El *Proceso de Reorganización Nacional*, borraría las antinomias que confrontaban a peronistas y no peronistas, militares y civiles, padres e hijos; la política sería reemplazada por el *orden moral*. Judith Filc señala cómo “este discurso oficial generó la ilusión del país como un espacio cerrado que debía ser protegido de la penetración, una ilusión que ocultaba la apertura de todas las instituciones a la invasión y la transformación por parte del Estado” (1997: 38)

11. Videla lo expresó del siguiente modo: “A través de la custodia y transferencia de estos valores inmutables [patria y libertad] [...] el Ejército de ayer, triunfador de las guerras de la independencia, se confunde en única [...] identidad con el Ejército de hoy, vencedor de la lucha contra la subversión” (La Nación, 30 de Mayo de 1977)

LA METÁFORA DEL HIGIENISMO: DISCURSO Y PRACTICAS

La ilusión de la unidad nacional, apoyada por el control sobre la opinión pública¹², los medios de difusión¹³ y el sistema judicial, ocultó toda una serie de nuevas dicotomías arbitrarias y ambiguas que constituyeron la base del discurso autoritario: adentro/afuera, amigo/enemigo, orden/caos, salud/enfermedad; “discurso que no podía ser interpretado ni resignificado, debía ser creído” (Filc, 1997: 40) La doctrina totalitaria así constituida dividió a la humanidad en dos partes de valor desigual, los amigos/naturales/ordenados/sanos versus los enemigos/foráneos/caóticos/enfermos. Estos últimos podían ser castigados y aniquilados sin problema legítimamente apelando a la amenaza que representaban para el *ser nacional*; pues -como señala Todorov- “la presencia de un enemigo en el sistema de los valores reinantes, de una encarnación del mal, convierte todas las acciones hostiles hacia ese posible enemigo en acciones loables” (1993: 54)

Apelando a la *guerra contra la subversión* el Estado argentino extendió su control sobre la vida pública y privada de cada persona, controlando su trabajo¹⁴, el lugar donde vivía, su propiedad, la educación de sus hijos, sus distracciones, sus opiniones e incluso su vida familiar y amorosa. Su deber era extraer los *tejidos infectados* para impedir que la *enfermedad moral* se esparciera al resto del cuerpo social. El ministro del Interior, en un mensaje dirigido a todo el país advirtió a los “padres, madres e hijos *sanos* de nuestro país que

12. El Comunicado N° 2 de la Junta Militar dispuso: “[...] se recuerda a la población la vigencia del estado de sitio. Todos los habitantes deberán abstenerse de realizar reuniones en la vía pública y de propagar noticias alarmistas. Quienes así lo hagan, serán detenidos por la autoridad militar, de seguridad o policiales. Se advierte asimismo que toda manifestación callejera será severamente reprimida”.

13. El Comunicado N°19 de la Junta Militar dispuso: “Se comunica a la población que será reprimido con la pena de reclusión por tiempo indeterminado el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a asociaciones ilícitas o a personas o a grupos notoriamente dedicados a actividades subversivas o de terrorismo. [...] Será reprimido con reclusión de hasta diez años el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes, con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las Fuerzas Armadas, de seguridad o policiales”.

14. El comunicado N°4, por ejemplo, disponía: “Todas las fuentes de producción y lugares de trabajo, estatales y privadas, a partir de la fecha serán considerados objetivos de interés militar”(La Opinión, 25 de Marzo de 1976)

[era] necesario que cuiden el hogar, preserven su seguridad, no acepten generosamente las ideas implantadas en las mentes de los jóvenes por expertos internacionales de la subversión [...] La seguridad y la paz del pueblo [...] se construye dentro del hogar y las escuelas” (La Nación, 19 de Junio de 1976)

Quizás la metáfora de la enfermedad (cáncer) sea la que mejor ilustre esta desaparición de la frontera entre lo interno y lo externo, entre lo público y lo privado. El enemigo podía estar en cualquier parte, hasta dentro de uno mismo, y no ser visto o percibido, lo cual fomentaba hasta que el propio sujeto se *patrullara* a sí mismo por pensar distinto.

Dicha metáfora ya había sido desarrollada y utilizada desde principios del siglo XX en Argentina cuando el *higienismo* se presentó como una teoría científica e instrumental que permitía integrar procedimientos y hechos sociales y legales. La concepción tecnocrática positivista se instaló como la mirada científica del Estado. A la mirada disciplinante del Estado se le sumó la mirada objetivante de la ciencia que distingue y discrimina, que aguza la mirada para clasificar y detectar: virus, infecciones, o enfermedades sociales, para detectar al invisible pero “horrendo enemigo” (González, Rinesi & Martínez, 1997: 108)

En un mismo haz significativo fueron asociados metonímicamente la inmigración, la enfermedad y la criminalidad. La dicotomía salubridad / insalubridad sirvió para ordenar el caos que implicaba la movilidad social, la inmigración, la *turba carente de civilidad y de talentos*, esa masa humana que la elite argentina visualizaba como peligrosa y amenazante¹⁵. Se elaboraron técnicas (por ejemplo, la dactiloscopia) que permitieron *identificar* a las personas: vigilar, controlar, clasificar. Las clasificaciones permitían introducir racionalidad en el caos, “poner orden en el desorden, a través de sus

15. En su ensayo “Las Fuerzas Armadas y el Estado autoritario en el Cono Sur de América latina”, Guillermo O’Donnell, estudia la emergencia y reemergencia de estos términos en el contexto de los cambios de la estructura del poder. A comienzos de siglo, los sectores agrarios perdieron su supremacía económica y política, mientras que la industria y las grandes ciudades se expandieron. Este proceso llevó a la descripción de las clases trabajadoras y medio baja, así como del sector subempleado, como “clases peligrosas”. Durante las primeras décadas del siglo, la retórica dominante estaba estructurada sobre la oposición civilización/barbarie, según la cual los sectores oligárquicos representaban la civilización y el “verdadero” ser nacional. El uso que los militares hacían de esta dicotomía revela una vez más la alianza de las Fuerzas Armadas y la alta burguesía. O’Donnell afirma que la ideología oligárquica fue adoptada por los militares “porque recupera[ba] una visión creíble del pasado, [y] propon[ía] un futuro posible y deseable”. Este futuro implicaba la reinstauración de “el liberalismo económico (idealizado) de los años 30” (1981: 206-207)

clasificaciones ‘maduras’ de criminales, enfermos, alcohólicos o alienados” (González, Rinesi & Martínez, 1997: 111)

La metáfora del higienismo, predominante en los discursos de las instituciones disciplinarias de tradición positivista, sirvieron para construir instituciones, edificios, técnicas, y saberes que aún hoy están vigentes en la vida cotidiana de los argentinos.

En este contexto se enmarca la técnica de la desaparición de personas, una técnica de exterminio de los opositores propia de las Fuerzas Armadas, por su pretendida *eficiencia e higiene*¹⁶. Una vez que los militantes fueron aislados e identificados la desaparición se presentó como un medio que facilitaba la *extirpación del tumor*, la eliminación física masiva de los *subversivos*, por varios motivos: permitía evitar la reacción nacional e internacional, amparar los errores y diluir las responsabilidades con vistas a futuro, a la vez que procuraba innumerables ventajas sobre el *enemigo*, puesto que le hacía ignorar si el secuestrado estaba vivo o muerto, permitía la tortura sin límite y el quiebre de la resistencia mediante métodos psicológicos tendientes a alterar la identidad política y psíquica, y evitaba que se supiera qué información fue extraída. (Duhalde, 1983: 146-147)

Los campos de concentración, a su vez, en tanto que realidad negada-sabida, en tanto *secreto a voces*, fueron también eficientes en la diseminación del terror. Pues, siempre aterroriza el horror sabido a medias, lo que entraña un secreto que no se puede develar. Como dice Pilar Calveiro, ex detenida-desaparecida en la Escuela Mecánica de la Armada, “la sociedad que, como el mismo desaparecido, sabe y no sabe, funciona como una caja de resonancia del poder concentracionario y desaparecedor, que permite la circulación de los sonidos y ecos de ese poder pero al mismo tiempo, es su destinataria privilegiada” (1998: 147)

Los coches sin placas de identificación, con sirenas y hombres que hacían ostentación de armas recorrían todas las ciudades, las personas desaparecían en procedimientos espectaculares, muchas veces en la vía pública, en sus lugares de trabajo (oficinas, escuelas, fabricas) La mayoría de los sobrevivientes

16. Pilar Calveiro en su libro “ Poder y desaparición” muestra cómo “La metodología concentracionaria fue institucional y estuvo guiada por el principio de *eficiencia* en el desarrollo de una situación que las Fuerzas Armadas definieron de guerra, en la que se proponían triunfar” (1998: 138, el subrayado es de la autora)

de los campos de concentración y las prisiones relatan haber sido secuestrados en presencia de testigos. Los periódicos no hablaban de los campos de concentración pero, sí de los cadáveres no identificados que aparecían en las costas uruguayas, en las calles, las rutas, los baldíos, los enfrentamientos donde había decenas de *guerrilleros* abatidos y ningún militar muerto, y la gente que *desaparecía*.

La mentira deliberada expresada en los medios de comunicación masiva (por ejemplo, como en el caso de los fusilamientos presentados como enfrentamientos), las contradicciones y ambigüedades de un régimen que combinaba la represión clandestina con las cárceles legales, el ocultamiento con la exhibición, generaron una situación donde la fantasía y la realidad se entrecruzaban hasta el punto de no distinguirse una de otra. El temor¹⁷ generado por la represión unido a la sospecha generalizada permitieron naturalizar las *desapariciones* amparándose en el *por algo será, algo habrá hecho*, y el *no te metás*.

El terror debía deslizarse a la sociedad como un todo “para grabar la aceptación de un poder disciplinario y asesino; para lograr que se rindiera a su arbitrariedad, su omnipotencia [...] Sólo así los militares podrían imponer un proyecto político y económico pero, sobretodo, un proyecto que pretendía desaparecer de una vez y para siempre lo disfuncional, lo desestabilizador, lo diverso” (Calveiro, 1998: 154)

LA SOCIEDADE PRISONERA, LA SOCIEDAD DE LA RESISTENCIA

Que la sociedad supiera, que los gritos de la tortura se escucharan desde afuera, como por ejemplo cuentan los habitantes de Famaillá (Tucumán), cercanos al centro de torturas conocido como *la escuelita*; que se vieran los cajones e inclusive los cuerpos mutilados sacados en bolsas, como en el caso de los vecinos del campo de concentración de la Mansión Seré, dan cuenta de cómo la sociedad toda era la destinataria del mensaje. En un testimonio

17. Lira & Weinstein en su trabajo terapéutico observaron cómo la tortura es una forma de coerción social y política muy eficaz, pues el miedo a ser detenido y torturado genera conductas masivas de autocensura, aislamiento, pasividad y resignación.

registrado por la Conadep se puede leer en referencia a lo anterior: “Vivíamos en constante tensión como si también nosotros fuésemos prisioneros, sin poder recibir a nadie, tal era el terror que nos embargaba, y sin poder conciliar el sueño durante noches enteras” (Conadep, 1984: 167)

Este *saber* de la sociedad fue una forma de comprometer a todos. “Así como de alguna forma todas las Fuerzas Armadas participaron de la represión, y con ese argumento es como si todos en ellas fueran igualmente responsables, así también en ese “saber” de la sociedad se pretende imponer una complicidad y diluir las responsabilidades” (Calveiro, 1998: 155)

Saber y no saber, fue un juego perverso que atravesó a toda la sociedad, siempre se sabía a medias, y lo que se sabía pero no debía ser dicho se callaba a la fuerza. La sociedad fue obligada a presenciar el castigo sin abrir la boca, pero al hacer esto, la dictadura privatizó lo político y politizó lo privado. La metáfora de la guerra y la dicotomía resultante de *amigo/enemigo* abarcaron la vida social en general, condicionando las prácticas sociales y politizando inclusive aquellas que no tenían intención política. La vida cotidiana se abrió a la politización como consecuencia del totalitarismo, con la inhibición de los canales de mediación política habituales emergieron formas no convencionales y no institucionales de participación, como es el caso de las Madres de plaza de Mayo. La coerción privilegió el ámbito privado como lugar para el desarrollo de prácticas de resistencia.

El anonadamiento y la parálisis hipnótica que produce el terror, por consiguiente, fueron acompañados de múltiples resistencias¹⁸. Pues como señala Pilar Calveiro: “La sociedad es múltiple y en ella circulan las fuerzas de la sumisión y las de la resistencia. [...] Existió la fuga individual, la solidaridad, la risa y el canto. Existió el doble juego, el engaño, la simulación; todas las formas que tuvo la sociedad para sobrevivir sin ser arrasada se practicaron de una u otra manera” (1998: 157)

18. La resistencia organizada tuvo una expresión central en las organizaciones de defensa de los derechos humanos. Las madres contagiaron su coraje cuando el miedo se había adueñado de buena parte de la sociedad. Los presos políticos también siguieron organizándose dentro de la cárcel, vinculados con los movimientos de familiares que se habían conformado.

LOS EFECTOS DIFERIDOS DEL TERROR

A veinticinco años del golpe de Estado de 1976 se lo continúa percibiendo como un punto de inflexión, como una línea de quiebre con el período anterior, ya sea como una encarnación del mal o como una encarnación del bien. A partir de la lectura de los diarios y entrevistas realizadas observamos que el *Proceso de Reorganización Nacional* planteó ese quiebre a nivel del discurso, y en la extensión de la desaparición como práctica represiva, pero que continuó en su accionar como ya lo venía haciendo en otros momentos históricos y en forma similar a los grupos parapoliciales que decía combatir.

Problematizar categorizaciones socio-históricas como la del *golpe* nos permite en primer lugar reflexionar sobre el hecho de que así como no es un acontecimiento que comenzó un día determinado, que tuvo un *origen*, no es un acontecimiento que terminó otro día determinado. Toda una serie de prácticas de castigo como las detenciones arbitrarias por *averiguación de antecedentes*, la tortura, el asesinato político¹⁹, e incluso la desaparición todavía perviven en la Argentina apoyadas por una retórica de imágenes naturalizadas en el ámbito de la cultura urbana. Es por eso que, siguiendo los pasos de Todorov (1993) en su análisis sobre los campos de concentración nazis, hemos intentado volcar la mirada sobre el discurso militar, procurando perturbar una tranquilidad fetichizada.

Lo anterior es primordial si atendemos que los recursos presentes en el Estado para implementar determinadas políticas son tanto físicos como simbólicos. Los recursos simbólicos muchas veces son imágenes discursivas que interpelan la memoria, una memoria colectiva que registra lo que se ha grabado en el cuerpo social. En el caso del terror generado por la tortura, los asesinatos, las *desapariciones*, hay un efecto a futuro, un efecto que perdura en la memoria de la sociedad, y que los responsables se han encargado de refrescar con periodicidad extendiendo los efectos de ese poder disciplinador.

Sin ir más lejos, el 30 de Mayo pasado, en el marco de un acto por la conmemoración del día del Ejército, el presidente Fernando de la Rúa salió a apoyar al jefe de las Fuerzas Armadas, el Gral. Ricardo Brinzoni (secretario de

19. En Enero de 1997 fue asesinado en Argentina el reportero gráfico José Luis Cabezas en el marco de una investigación que venía realizando sobre el empresario Alfredo Yabrán.

la intervención en la Provincia del Chaco durante la última dictadura), desacreditando los testimonios que llevaron al Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) a pedir la apertura de una investigación penal para esclarecer la ejecución de 21 detenidos políticos en Diciembre de 1976 en el Chaco, en lo que se conoció como la *masacre de Margarita Belén*.

Ese día el presidente argentino y el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas eligieron unirse a los festejos del Ejército junto a Leopoldo Fortunato Galtieri, Leandro Anaya y Albano Harguindeguy, figuras comprometidas en la *desaparición* de miles de personas. El discurso pronunciado por efectivos de la Fuerza reprodujo las mismas palabras de 25 años atrás: “El Ejército de hoy, tras largos años de preservar la paz y el *progreso* de la Nación, tuvo nuevamente que emplear las armas para combatir *exitosamente* la agresión artera e *inhumana* de un enemigo interno al servicio más despótico de los imperialismos, el marxismo internacional, que a través de las acciones terroristas sin límites trataron de sojuzgar a nuestra sociedad” (Página 12, 30 de Mayo del 2001, el subrayado es de la autora)

Para quien vivió en carne propia, o de sus seres queridos, el secuestro, la tortura, el chantaje, la detención arbitraria, los simulacros de fusilamiento, los allanamientos, y todas las demás formas de *empleo de las armas para combatir exitosamente la agresión*, el acto y la declaración del ejército en todas las dependencias de la Obra Social del Ejército (IOSE), pueden sonar a provocación y a afrenta, inclusive a delirio: “En el simulacro de rescate, el rehén fue recuperado por dos hombres que mediante una soga lo subieron a uno de los helicópteros. La posición enemiga fue tomada por los comandos mientras se escuchaba el ‘Va, pensiero’ de Verdi, y luego, como remate final los actores primaverales de la pastoral de Beethoven” (La Nación, 30 de Mayo del 2001) Si la descripción anterior del acto la cruzamos con testimonios recogidos por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) donde algunos ex detenidos-desaparecidos relatan como mientras los torturaban los militares tomaban mate y escuchaban música o, como en el caso de la masacre de Margarita Belén, festejaban comiendo un asado, la imagen se vuelve grotesca.

La esposa de uno de los militantes asesinados en Margarita Belén, relata lo sucedido de forma muy diversa a lo expuesto por los informes militares y los diarios de la época:

“El 12 de Diciembre de 1976, a la hora de la siesta del domingo, un miembro del Servicio penitenciario General, le dice a mi marido [el “Flaco”] que tiene que preparar sus cosas para “traslado”. La burocracia penitenciaria tenía sus leyes,

los fines de semana no se efectuaban traslados. [...] Ante la protesta los guardias amenazaron con que camiones del Ejército rodeaban la cárcel e iban a entrar. Mientras ellos hablaban los penitenciarios iban llamando a los detenidos entre los que estaban el "Pato" Tierno, Carlos Duarte, Jose Luis Barco, Omar Franzen, Mario Cuevas, Manuel Parodi y Julio Pereira. El "Flaco" le pidió a los compañeros que les transmitan a sus hijos por qué ellos luchaba y por qué morían. Que los llevaban a matarlos pero que no se preocuparan porque algun mordiscón les iba a dar -bromeaba-, les recordó que queríamos la liberación nacional y social, gritó con voz alta "Patria o Muerte", y comenzó a retirarse silvando entre todos la "marcha peronista". De allí los llevaron a la alcaldía de Resistencia, los reunieron con otro grupo de detenidos recientes como Luis Diaz, Carlos Zamudio, Roberto Yedro, Reinaldo Zapata y detenidos-desaparecidos como Fernando Pierola y otros, entre ellos iban a incluir a cuatro mujeres que traían de los Regiminetos de Provincia del Segundo Cuerpo del Ejército. Esa noche fue de terror en la cárcel: los bailaron, les pegaron, los ensangrentaron. A Nestor lo metieron en un calabozo -cuenta Mario Mendoza, otro ex detenido que estaba en la celda contigua donde veía lo que les hacían- y lo sacaron a la madrugada junto con los otros juvenes. El "Flaco" estaba desvanecido, ya no hablaba, ya no podía responder a los llamados de solidaridad de Mario. Los cargaron como bolsas en una larga patrulla de camiones militares. Los llevaron por la Ruta 11 hacia un descampado que fue Margarita Belen, con el "yeite" de que eran trasladados a Formosa, como si fuera el traslado a otra cárcel. En primer lugar lo bajaron al "Flaco" y lo colocaron en un auto, atado, esposado y a menos de 100 mts. el ex Teniente Primero Luis Pateta apuntó a la cabeza y lo ejecuta con un disparo de Itaka que le destroza la cabeza. Atrás dispararon 60 balazos de Fal los otros milicos, a menos de 40 mts. a grupos de compañeros que los tenían maniatados en distintos autos. Fue un rito iniciático, "el pacto de sangre" en el que cada uno dispararía para evitar arrepentimientos futuros. A partir del conjuro, se fueron con una camioneta llena de carnes y bebidas para comer un asado criollo con todo el personal interviniente.

Años despues, a fines de 1982 y principios de 1983, comenzaron a recibir en los locales partidarios, entre ellos el Partido Socialista, en manos del Dr. Edwin Tissenbaum -referente historico en defensa de causas sociales y detenidos politicos- informaciones varias entre ellas comunicados clandestinos con fecha de Diciembre de 1976, algunos firmados por los militares donde instrúan para el operativo a determinados jefes y funcionarios del regimen. El informante al que se detectó -pueblo chico todo se sabe al fin- era un milico de poca monta, Eduardo Piu Ruiz Villasuzo, al que se le hizo prestar su delaración, años despues cuando estaba agonizando por un disparo en un campo, en un "accidente dudoso" por parte de un familiar de él. [...] Lo que pudimos reconstruir entre todos fue que la masacre fue decidida por directivas generales que impartio el ex Gral. Albano Harguindeguy al ex Gral. Leopoldo Galtieri, Jefe del Segundo Cuerpo de Ejército. [...] Este a su vez, lo dirige al ex Gral. Cristino Nicolaidis, Comandante de la VII Brigada, con sede en Corrientes. En lo operativo Nicolaidis

encargó al Jefe de Destacamento de Inteligencia 124, el ex Teniente Coronel Armando Hornos, la planificación, coordinación, dirección y ejecución del plan: 21 personas, 17 varones y 4 mujeres”.

Los diarios, en cambio, lo presentaron como *enfrentamiento*: “Un violento y prolongado enfrentamiento, de resultados del cual fueron abatidos tres extremistas, mantuvieron en la víspera fuerzas conjuntas con un comando sedicioso que tendió una emboscada a un comboy militar que transportaba detenidos, desde Resistencia (Chaco) hacia Formosa, según informo el Comando del II Cuerpo del Ejército” (La Opinión, 13 de Diciembre de 1976)

Durante la dictadura la única fuente de información que permaneció parcialmente fuera de control estatal fue la comunicación boca a boca. El relato autorizado, sin embargo, contradecía lo que uno podía escuchar del vecino, aún lo que uno podía haber presenciado como testigo. De esta forma, como ya hemos visto, la dicotomía amigo/enemigo se extendió hasta el nivel del cuerpo mismo del individuo produciendo la fragmentación del sujeto, la cual unida al doble mensaje que caracterizó al discurso militar llevó en algunos casos a la desaparición de la frontera entre realidad y fantasía.

Teniendo en cuenta lo anterior, consideramos fundamental resaltar los testimonios de las vivencias atravesadas por el discurso y las prácticas del terrorismo de Estado, para devolver la voz a lo silenciado y restituir así las vivencias singulares, “dolientes”, el revés de aquél tiempo que quiso borrar lo disfuncional de una vez para siempre por medio de un (des)orden establecido a fuerza persecuciones, torturas, asesinatos y desapariciones.

MEMORIAS DESVELADAS

Dar testimonio, relatar lo silenciado, lo cruel, lo molesto, permite simbolizar lo sucedido y reconectar lo inconexo. El testimonio constituye relatos fragmentarios, con protagonistas individuales, que no pretenden realizar un relato épico. Son intentos de restablecer memoria y justicia.

Pensar acerca del terror y la violación sistemática de los derechos humanos se vuelve esencial para superar el terrorismo de Estado como una vía política posible. Se trata de un proceso que no debe ser simplificado ni minimizado, debe ser frecuentado y ocupado con ideas fieles y memorias vivas para asegurar su no retorno. La reflexión sobre dichas experiencias permitirá sentar las bases

de una memoria que conserve lo pasado superándolo. La acción de pasar por el corazón lo ocurrido evitará que se nos imponga una forma de llenar el hueco de la historia, pues ése, sólo debe ser llenado de memoria activa, una memoria que de lugar a las críticas y a las autocríticas, al llanto y a la risa.

La importancia fundamental de recordar las situaciones traumáticas se deriva de su poder de definir nuestra conducta e identidad. Vinculada con un pasado que se activa o reconstruye, la memoria tiene efectos actuales y determina una relación con el futuro, en tanto que éste parece abrirse desde ciertas posibilidades que uno imagina hoy y que están cargadas de historia. Repensar la historia, reconstruir memorias silenciadas y ocultadas pero que siguen teniendo múltiples efectos en la política y en la sociedad es contribuir a pensar otros futuros, a imaginar y construir una sociedad donde nunca más haya desapariciones y torturas. Esto no implica fijar pasados terrible, implica no olvidar y recordar los principios sobre los cuales es posible una sociedad.

La dictadura instaló un clima emocional de miedo, negación y silencio forzoso de los sucesos traumáticos que generó inhibición de la comunicación, individualismo y aislamiento social. Estos sucesos extremos e intensos tuvieron tal impacto en la sociedad que condujeron a modificar las instituciones, las creencias y los valores. Los organismos de derechos humanos rompieron el muro de silencio instaurado alrededor de las prácticas represivas permitiendo la revocación del suceso emocional en un lenguaje socialmente compartido. Sin embargo debemos estar atentos porque, como ya evidenció Saussure, el habla es lo que mantiene vivo al lenguaje.

La agresión cotidiana de nuestra violencia política, social y económica, cuyo ejemplo más claro son los casos registrados de apremios, lesiones y ejecuciones policiales, prolonga los estragos de un terror más antiguo y anterior que quedó impune pero no por eso menos vigente y activo en la sociedad argentina. El terror establece un corte y una separación entre lo que puede ser pensado, sentido y actuado, la memoria debe pensarse como la manera de lograr el desarrollo de una conciencia crítica de lo sucedido y una autoconciencia de los derechos que poseemos todos como seres humanos.

• • •

BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMIN, W. *Discursos Interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia*. Buenos Aires: Taurus, 1997.
- CALVEIRO, P. *Poder y Desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 1998.
- CONADEP. *Nunca Más*. Buenos Aires, 1984.
- DUHALDE, E. *El estado terrorista argentino*. Buenos Aires: El Caballito, 1983.
- FILC, J. *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires: Biblos, 1997.
- FOUCAULT, M. *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2000.
- FOUCAULT, M. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa, 1980.
- FRONTALINI, D. & CAIATI, M. C. *El mito de la guerra sucia*. Buenos Aires: CELS, 1984.
- GONZÁLEZ, H., RINESI, E. & MARTÍNEZ, F. *La Nación subrepticia, lo monstruoso y lo maldito en la cultura argentina*. Buenos Aires: El Astillero, 1997.
- ISLA, A. Estados infectados, heridas abiertas. Inconvenientes en una transición congelada. En: *Alternativas*, N°1. Buenos Aires: pp. 37-47, 1999.
- LIRA, E. & WEINSTEIN, E. *La tortura. Conceptualización psicológica y proceso terapéutico*. Santiago de Chile, 1996.
- O'DONNELL, G. Y a mí qué mierda me importa. En: *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- O'DONNELL, G. Las Fuerzas Armadas y el Estado autoritario en el Cono Sur. En: LECHNER, N. (comp.). *Estado y política en América latina*. México: Siglo XXI, 1981.

TISCORNIA, S. La seguridad ciudadana y la cultura de la violencia. En: *Revista Encrucijadas*. Universidad de Buenos Aires: 1999.

TODOROV, T. *Frente al límite*. México: Siglo XXI, 1993.

YERUSHALMI, Y. *Los usos del olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1989.